

LEONID ANDRÉIEV

SASCHA YEGULEV
HISTORIA DE UN ASESINO



(...) fue su muerte solitaria y terrible. Le dieron sepultura junto con malhechores y asesinos, cuyo destino había compartido por propia voluntad; murió maldito de los hombres, y nadie puso una cruz sobre su tumba desconocida. (...)

Sascha Yegulev es una de las más bellas novelas de la literatura rusa y la de mayor aliento de su autor, Leonid Andréiev. Obra maestra sobre el alma humana, la fuerza inexorable del destino y la inmensa tragedia que acecha y ensombrece la vida de los seres más nobles.

PRIMERA PARTE
SASCHA POGODIN

El mérito consiste en estar predestinado a la salvación.

LIBRO DE JOB

LA FUENTE DE ORO

El amor, como el llanto, aspira a ser correspondido. Cuando el alma de un gran pueblo sufre, todos sus miembros acusan el dolor, los espíritus inquietos se agitan y los de corazón noble e inocente van al sacrificio.

Así le sucedió a Sascha Pogodin, joven bello y puro. La vida le había señalado como víctima en el altar de la pasión y sus dolores, y él abrió su corazón a las llamadas misteriosas, incomprensibles para los demás; llenó hasta los bordes la copa de oro con la sangre de su inmolación.

Triste y sensible, amado por todos a causa de la belleza de su rostro y la pureza de sus pensamientos, unos labios sedientos bebieron su sangre, y murió muy joven, y fue su muerte solitaria y terrible. Le dieron sepultura junto con malhechores y asesinos, cuyo destino había compartido por propia voluntad; murió maldito de los hombres, y nadie puso una cruz sobre su tumba desconocida.

¿Quién cierra los ojos de un asesino? Seguirán abiertos, mirando fijos a las tinieblas, hasta el gran Día del Juicio Final. ¿Quién osaría cerrar los ojos de Sascha Yegulev?

Pero su madre vive, y su madre le llama:

—¡Sascha, mi Sascha querido!

INFANCIA DE SASCHA

Sascha Pogodin no tuvo, al parecer, eso que suele llamarse una infancia luminosa. Aunque era un muchacho como todos, su memoria no conservaba ningún recuerdo de ese sentimiento particular de serenidad, de inocencia y alegre desenfado tan propio del inicio de la vida. Podría decirse que no había nacido como los otros niños, sino que había despertado de un sueño: un viejo que se durmiera con el alma hastiada y cargada de pecados y se despertara niño, habiendo olvidado lo que fue antes. Un sentimiento de cansancio, y de indescifrable confusión, pesaba, abrumador, sobre los primeros días de la infancia de Sascha. En cierta ocasión, cuando la familia estaba en San Petersburgo y aún vivía su padre, Sascha se acercó a su madre y se lamentó con voz sorprendentemente seria:

—¡Si supieras, mamaíta, qué cansado estoy!

—Eso es que has corrido mucho —repuso la madre.

Acababa de ver a Sascha jugar con los demás muchachos por aquel patio enorme, lanzando gritos belicosos.

—No hay que correr tanto —añadió—; así no te cansarás. ¡Mira qué sucio te has puesto!

—¡No, no es eso!

—¿Entonces, qué es? ¿Qué te pasa?

—Estoy cansado, sencillamente. ¿No lo entiendes?

En aquel momento, Helena Petrovna miró a su hijo a los ojos, como si fuera la primera vez que lo viese, y se asustó. «Se me morirá de escarlatina», pensó; pues en esa época la escarlatina hacía estragos entre los niños.

Pero la epidemia cesó pronto, Sascha estaba sano, crecía bien, era fuerte, al igual que su hermana, que parecía una flor tierna y sólida, sobre un tallo flexible. Pero la expresión de los ojos de Sascha, que tanto había alarmado a su madre, permaneció en ellos y ya no desapareció.

Como su hermana menor, Sascha era extraordinariamente risueño. Su padre, el general, explotaba a veces esta debilidad. Con frecuencia elegía el momento en que Sascha tenía la boca llena, para decir expresamente alguna gracietta. El muchacho hacía grandes esfuerzos para no reír, inflando los carrillos, pero acababa por estallar en carcajadas, derramando el té sobre el mantel; enseguida se refugiaba en la habitación próxima, para seguir riendo a sus anchas. El general reía también a carcajadas, y cuando Sascha volvía, la madre posaba en él una mirada inquieta, mientras pensaba: «Morirá en la guerra». Sascha, en aquella época, estaba estudiando en la Escuela Militar, siguiendo los deseos de su padre.

Tras la muerte del general, Helena Petrovna sacó a Sascha de la Escuela Militar, probablemente atemorizada por el hecho de perder a su hijo en la guerra —temor que nunca la abandonó—. A continuación, tras algunas dudas, vendió parte de sus bienes y enseres, y se trasladó con sus hijos a su localidad natal, donde había vivido durante los tres primeros años de su matrimonio.

La madre de Sascha era una mujer inteligente y tenaz. Creía que en la vida apacible de una ciudad de provincia su hijo estaría más seguro que en la gran ciudad, agitada, febril y pervertida. Su pueblo apenas había cambiado en aquellos años, y, al volverlo a ver, la señora Pogodin no se sintió decepcionada. Tejió en torno a sus hijos un silencio imperturbable. Sascha ya no suscitaba en su madre ninguna idea sombría o dolorosa; además, al sustituir la guerrera militar por el uniforme de colegial, se había convertido en un joven como todos los demás. Daba gusto verle con su gabán, que le llegaba hasta los tobillos. Podrá parecer extra-

ño, pero aquel abrigo demasiado largo, relleno de algodón y tan tieso que parecía almidonado, ejercía sobre la señora Pogodin una influencia tranquilizadora; cuando veía a su Sascha por la calle, con su largo gabán y sus chanclos, se decía sonriente:

«¡Y pensar que estaba tan asustada! No, nada hay que temer. ¡Qué lástima que no pueda verle el general!».

Se imaginaba que el general —llamaba así a su esposo, aun después de muerto— compartía también sus temores.

Pero en aquel momento sentía una tranquilidad gozosa, una dulce esperanza de que todo iría bien, de que no había nada que temer. Esto sucedía cuando Sascha y su hermana Lina discutían por tonterías; por ejemplo, si la lluvia que había caído era mucha o poca. Al oír sus voces agitadas, la madre sonreía feliz, e imploraba a Dios que aquella dicha familiar durara toda la vida.

Los niños reñían muy raras veces. Se amaban con ternura y pasaban juntos días enteros en una intimidad cordial. El amor tan grande que unió a sus padres en otro tiempo, se reproducía en ellos; pero despojado del carácter sensual, convertido en un eco lejano, bello y puro. Y cosa extraña: la pequeña Lina, tanto por su físico como por su carácter, recordaba a su padre el general. Era fuerte, robusta, de cara redonda, colorada, alegre y vivaracha. Vehemente en sus pasiones, exigente en sus afectos. Cuando lloraba, no lo hacía en silencio y en un rincón, sino con sonoros sollozos que se dejaban sentir en toda la casa, como gritos de guerra; luego cesaba de repente de gimotear, e inmediatamente se echaba a reír a carcajadas. A pesar del parecido con su padre, tenía algo que no tuvo el general: este, aun siendo un hombre excelente, carecía de talento, mientras que la pequeña Lina estaba extraordinariamente bien dotada; se diría que la llama del genio iluminaba todo su pequeño ser. Cuando tenía entre sus pequeños dedos un lápiz, el papel cobraba vida y parecía reír bajo su mano; cuando posaba aquellos mismos dedos sobre el teclado, el

viejo piano de teclas amarillentas se rejuvenecía de pronto y se ponía a cantar alegre. Le gustaba inventar cuentos de hadas, llenos de horror, o anécdotas divertidas.

A su lado, Sascha, retraído, apenas destacaba, y parecía insulso. Externamente tenía un gran parecido con su madre: era pálido y moreno como ella. Helena Petrovna, de origen griego, tenía el rostro fino y atezado, con grandes ojos negros, como rodeados de cenizas apagadas, pero calientes aún. Sascha tenía los mismos ojos y era más guapo aún que su madre. Cuando se cambiaba de camisa, su madre se sorprendía de verle tan moreno. Sascha, al igual que su padre, no tenía ningún talento. En los primeros años de su vida, la madre hizo todo lo posible para dar a cuanto le rodeaba un hálito de belleza: y aquella falta de talento de su hijo le parecía una gran desgracia, como si hubiera sido ella misma la culpable de este defecto.

—¡Ah, Sascha, ni siquiera tienes oído para la música! — le reprochaba, sintiendo ella misma la injusticia de la recriminación—. ¿Ves cómo toca el piano Lina?

La pequeña Lina agitaba desesperadamente las manos y gritaba con voz dolorosa:

—¡Ah, querida mamá, es terrible! ¡No tiene ni gota de sentido musical! Como este farol... Procuro enseñarle algo, pero es inútil: ni siquiera sabe tocar el «Vals de los perros».

—El «Vals de los perros» lo sé —replicaba tranquilamente Sascha, sin levantar los ojos, negros y como envueltos en cenizas.

—Sascha, ¡eso no es cierto! —protestaba, indignada, la pequeña—. Tocas ese vals de tal modo que ningún perro querría bailar al son de tu música.

Helena Petrovna, pese a su ingenio, tenía muy poco talento musical. No había sido capaz de aprender a tocar más que «Trendibrendi», un fragmento de opereta muy corto, ingenuo y simplón como los primeros ensueños de la infancia. Se sentía muy satisfecha al ver que a Sascha le gustaba aquella cancioncilla, y el niño le pedía siempre que la toca-

se. En aquella música sencilla y sin pretensiones, descubría una importancia misteriosa. En cuanto a Sascha, aquella canción facilona se convirtió, para él, más tarde, cuando el huracán de los acontecimientos terribles lo arrastró consigo y sintió dolorosamente todo el horror del aislamiento, en una plegaria, un manantial de puro dolor, de dulces recuerdos penosos de lo irremediablemente perdido.

Pero así como el ojo humano no ve en los primeros momentos más que las cosas iluminadas por el sol, y solo más tarde percibe, con asombro jubiloso, los tesoros ocultos en la oscuridad, así también a primera vista las gentes encontraban a Sascha pálido e insulso, si lo comparaban con su hermana. Pero todo cambiaba cuando reparaban en los ojos del niño; desde este instante, comenzaban a escucharle con atención y a atribuir una importancia particular a cada una de sus palabras. Pero Sascha ocultaba celosamente su mirada profunda, como si presintiera toda la trascendencia y gravedad del misterio que se escondía detrás de aquella mirada; fijaba siempre la vista sobre la silla en que estaba sentado o sobre sus manos. Helena Petrovna conocía bien este modo de ser de su hijo, y, en su orgullo maternal, trataba de hacerle levantar los ojos para que la gente pudiese verlos.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntaba de pronto.

Sabía que esta pregunta inesperada le haría abrir mucho los ojos, y que luego, pasados algunos segundos, respondería a su vez con extrañeza y sonriendo:

—¿Por qué? No; me encuentro bien.

La madre sabía asimismo que los que vieran los ojos y la sonrisa de su hijo pensarían: «Pues es muy interesante este muchacho». Luego, dejando a la encantadora Lina, tratarían de llevarle a una conversación íntima, y, al no conseguirlo, quedarían aún más encantados de Sascha, y al despedirse en el vestíbulo, dirían a Helena Petrovna:

—¡Qué hermosos hijos tiene usted!

—Sí, estoy muy contenta de ambos —afirmaría ella tranquilamente.

Lina estaba también orgullosa de su hermano, y al separarse de él por la noche, le decía con un murmullo que se oía en toda la casa:

—¡Ella está orgullosa de ti! ¡Y yo también!

«Ella», entre los niños, significaba la madre. Al padre, muerto hacía mucho tiempo, le llamaban, siguiendo el ejemplo de Helena Petrovna, «el general».

PRECEPTOR DISCRETO

Desde los primeros días de su llegada a N***, Helena Petrovna adaptó su vida para poder alentar las relaciones afectuosas de sus hijos y despertar en sus almas un amor recíproco. Lo más difícil fue encontrar una casa; durante un año entero estuvo sin poder dar con lo que buscaba; por fin, gracias a sus amistades encontró un verdadero tesoro: una casa aislada, con cinco habitaciones, rodeada de un enorme jardín, que más que un jardín era un parque.

Por encima de sus cabezas se cerraban, por todas partes, frondosas bóvedas de ramas verdes, altas e impenetrables.

Aquellas magníficas alamedas hacían pensar en los bosques vírgenes de la Biblia y en el patriarca Abraham.

Durante las lóbregas noches de otoño, el jardín, sacudido por el viento, producía un sonido que parecía inundar toda la tierra. Se diría, también, que las paredes habían desaparecido, y que al pie de la misma cama, en la sombra, comenzara la inmensa Rusia. Ni siquiera la pequeña Lina podía dormir mucho tiempo durante aquellas noches, y se quejaba en alta voz de insomnio, suspirando. Sascha escuchaba el ruido del jardín, hasta el momento en que caía en brazos de un sueño extraño y fantástico; le parecía que su cuerpo se diluía por completo, fundido en la atmósfera, al tiempo que su alma se iba volviendo más vasta y más ancha, a medida que crecía el fragor del jardín y se cernía por encima de las cúpulas vegetales, cubriendo toda la tierra; aquella tierra era Rusia. En aquellos momentos, Sascha experimentaba una sensación de inmensa tranquilidad, de fe-

licidad infinita y de indecible tristeza. Amaba aquellos sueños, en comparación con los cuales los vulgares reflejos de la vida cotidiana resultaban anodinos e insulsos.

Los primeros días, Sascha y Lina, acostumbrados a la vida de San Petersburgo, tenían miedo al jardín y no se atrevían a alejarse demasiado; les atemorizaba, especialmente, cierto edificio sin terminar que había allí. Aquel almacén de adobe se fue cubriendo de cizaña, ortigas y flores rojas; en una de sus habitaciones, donde tenía que haber vivido gente, crecía plácido un abedul, como si estuviera custodiando una tumba.

Pero pronto los niños se habituaron a él. Seguía siendo misterioso para ellos y les causaba inquietud; pero en ella no había ansiedad, sino alegría. Cada uno disponía en el parque de su rincón favorito, inaccesible y defendido como una fortaleza; pero mientras las fortalezas de Lina se hallaban en tierra, al pie de los arbustos, las de Sascha estaban situadas en la altura, sobre los árboles, entre las ramas espesas. Los dos hermanos, no obstante, se visitaban con frecuencia, pero a Lina le daba miedo.

Su vida entera giraba ahora en torno al jardín. Como un preceptor de cuyas miradas y de cuyo rostro arrugado se desprende sabiduría, el jardín educaba a los niños con su silencio y su austeridad. Gracias a él, Sascha conoció el misterio de los anchos caminos, con su encanto punzante, ese encanto de los altos árboles. Comprendió el carácter misterioso de los dilatados senderos un día en que trepó a la tapia y admiró la senda que se alejaba serena, tranquila, invitando a partir a alguna parte...

Helena Petrovna amaba también el jardín, pero no sabía, por naturaleza, apreciar su misterioso encanto; no pensaba más que en el efecto saludable que produciría el aire libre sobre la salud de sus hijos. Por lo que se refiere a sus almas, quería dotarlas ella misma de belleza, de la que su vida conyugal se había visto privada por culpa de su esposo. Estaba firmemente convencida de que la belleza está

íntimamente ligada a la limpieza. Sabía que a los niños les gusta estar sucios, y bañaba a Sascha y a Lina, los frotaba y pulía como diamantes, y acabó por acostumbrarles a ducharse dos veces al día, mañana y tarde, con agua fría. Pese a que no le gustaban los animales, Helena Petrovna toleraba a la gata con sus gatitos, porque estaba siempre aseada.

—Escucha, Lina —decía a su hija cuando esta se resistía a lavarse—. Mira la gata; se pasa todo el día en el patio, y a pesar del barro y de la lluvia, siempre está muy limpia. Es porque se lava.

La higiene más escrupulosa reinaba en toda la casa. Helena Petrovna había hecho de ella la ley fundamental de su nueva vida. Además, procuraba dar un aire de belleza a todas las cosas que rodeaban a los niños. Bordaba cortinas para las ventanas y para las puertas; ponía flores por todas partes; tapizaba las paredes con telas pintadas en color muy claro, como si las atravesaran rayos de sol.

Fuera, el invierno se hallaba en todo su esplendor; pero en el interior parecía vivirse en primavera o en otoño; las flores se abrían; sobre el suelo encerado se reflejaban los rayos de sol, que inspiraban deseos de jugar con ellos, como hacen los gatos.

La casa de los Pogodin agradaba a todo el mundo. Los niños estaban encantados. Si el jardín les enseñaba la sabiduría, la casa, con toda la armonía que atesoraba, les descubría el gran enigma de la vida humana, sus fines misteriosos y su trágica hermosura.

Lo único que disgustaba a la madre era que la casa estaba situada lejos del centro, de modo que los niños, para ir a la escuela, tenían que pasar por un sucio descampado, donde se celebraba mercado los miércoles y viernes. Venían campesinos de la aldeas próximas, con hierba y haces de leña; y las tabernas no faltaban en ella: la rodeaban por todos lados, como un seto. En el centro había un descuidado estanque en el que nadaba una pareja de patos.

Después de atravesar por primera vez aquella explanada, Lina comenzó a sentir antipatía por los campesinos. En cuanto a Sascha, sentía por ellos una gran curiosidad, aunque al tiempo experimentaba un leve temor. Pero llegó a acostumbrarse pronto; las largas barbas de los campesinos, sus medias pellizas, sus cánticos de borracho, llegaron a gustarle, sin que él mismo hubiera podido decir por qué. Veía que aquellos *mujiks* no se parecían a los demás hombres; se diría que venían de otro país, y precisamente esto era lo que suscitaba en él la curiosidad.

Los domingos, Helena Petrovna iba con sus hijos a la cercana iglesia sacramental de san Juan Bautista. Lina estaba muy guapa con su traje blanco. Sascha, con el suyo de colegial, flacucho, bien educado, tenía también un aire muy distinguido. La madre caminaba por entre la gente, muy orgullosa de sus hijos.

Las viejas mendigas que se colocaban a la entrada del cementerio, miraban con hostilidad a Helena Petrovna. La llamaban, con malignidad, la «generalità». Pero al verla con sus hijos se apresuraban a salir a su encuentro, y con sus voces aduladoras gritaban a coro:

—¡Qué niños tan hermosos! Debe dar gracias a Dios por haberle dado esos hijos.

Helena Petrovna evitaba hacer amistades. De las personas de su clase se apartaba con toda intención, y de las demás, por temor a las habladurías. Además, era muy orgullosa. Pero quienes la visitaban en su casa —que no eran demasiados— admiraban la tenacidad con que iba labrando para sus hijos una vida bella y pura; la voluntad de hierro y la pasión juvenil de aquella mujer, cuya vida iba ya declinando. Y se decían que en el pasado no debió de haber sido feliz y dueña de hacer su voluntad.

Pero ni siquiera los niños sabían que mucho tiempo antes de nacer ellos, durante la primera época de su matrimonio, había vivido un drama terrible y poco corriente. Sascha no era su primer hijo. Nadie sospechaba que Helena Petro-

vna no amaba aquella ciudad por los recuerdos felices, sino por los sufrimientos que en ella había pasado.

Sucedió siete años antes del nacimiento de Sascha, y el general, que era por aquel tiempo un bebedor impenitente, hasta rayar en la inconsciencia, y llevaba una vida de crápula y loco, que más de una vez lo puso al borde del crimen, hubo un día, estando borracho, en que le dio tal golpe en el vientre a Helena Petrovna, que la pobre mujer dio a luz antes de tiempo a un niño muerto, al que ella había puesto mucho antes el nombre de Alejo. Y aunque su marido juró que no la había empujado intencionadamente, la esposa declaró que se negaba a toda relación conyugal y no quería tener más hijos hasta que renunciara a la bebida. Un año entero soportó el general aquel suplicio y vivió con su mujer en la misma casa; luego la abandonó y estuvo tres años seguidos emborrachándose. Volvió otra vez a unirse a Helena Petrovna; se separó de nuevo de ella; y al fin, se echó llorando a sus pies y le juró que aceptaba sus condiciones y mantendría su promesa.

Entonces fue por segunda vez mujer de su marido. Dio a luz a Sascha, y año y medio más tarde a Lina. Y nadie supo nada. El general fue fiel a su palabra; pero, poco antes de morir, le dijo a su mujer con voz llena de odio:

—¡Por tu causa, solo por tu causa, he renunciado a la bebida! ¡Te odio y te maldigo! Debería matarte por lo que me has hecho...

Y entonces comprendió también ella que no podría perdonarle nunca y no le perdonaría, y que la misma muerte no podría hacerle olvidar el terrible ultraje a su maternidad. Y Sascha, su hijo varón, fue para ella el solo y único tesoro. «En él perdonaré a su padre», pensaba. Y nada de todo aquello sabían los niños.